



Calamar: pesó 175 kilos, apareció con vida el día 15-12-52 en la playa de Cillero.—Las dos «guías» o «raxos» medían 7 metros.—El cuerpo: 2'10 metros.—Las «bocas» anilladas: 3 metros

EL ASOMBRO DE CILLERO

El 15 de diciembre de 1952, el modesto puerto cantábrico de Cillero, mimado del jurel o del bocarte, vivió unas horas de asombro. Se las ha proporcionado inopinadamente este descomunal ejemplar de calamar, en torno al cual se agrupa la mocedad del pueblo, acariciando sus pseudópodos.

Con decir que pesó 175 kilogramos, que los dos brazos tentaculares medían siete metros, y los ocho restantes tres cada uno, a la par que el cuerpo medía dos metros y diez centímetros, ya se adivinará que se trata de un matusalén de la mar, que se ha pasado su fabulosa vida tragando cantidades elevadas de gasterópodos y crustáceos, su manjar favorito. Ha venido a morir, empujado por la invernía, sin lucha, varando oscuramente en la playa de Cillero, como un anciano agotado de inmemoriales y abisales navegaciones.

La historia natural refiere que hay calamares de todos los tamaños, si bien los corrientes en el Mediterráneo o en el Atlántico no pasan de diez a trece centímetros, y excepcionalmente, de 45 a 60. Estos son muy buscados para los grandes acuarios. Aquella afirmación, por tanto, se funda seguramente más en testigos fósiles—conchas internas córneas del conocido cefalópodo—, que en testigos vivientes. De esta clase ha surgido ahora uno, que también puede pasar a la historia. Es lástima que, además, no haya pasado al museo de la mar, que no tenemos, pero que desde hace mucho tiempo debiéramos tener en Galicia.

En vez de contemplar en la foto que ofrecemos, las rudas manos de la muchachada marinera cillerense acariciando las ventosas del gigantesco "Loligo vulgaris"—si esta denominación lamarckiana le corresponde—, debiera el ejemplar intacto pasar a las manos de nuestros hombres de ciencia, para que hicieran sobre él los estudios o investigaciones que fuesen procedentes. Todo menos que, después de una vida tan larga y opulenta, los restos mortales del gigante desaparezcan sin enterarnos siquiera de la cantidad de tinta que albergaba en sus vísceras. Seguramente, además de perder un testimonio útil a la ciencia y un ejemplar museal digno de una colección de antediluvianos, hemos perdido un símbolo digno de la época.—M.